

IMPERIALISMO

Iñaki Aginaga

CHINA, TIBET, EIRE, INDIA,
AUSTARLIA, NUEVA Z. y C.,
AMERICAS, EUROPAS Y EUROCARTAS,
INDOCHINA, AFRICA, NIGERIA.

“Las clases cultivadas de los imperios inca o azteca fueron diezmadas por los invasores venidos de España y las masas indias, privadas de su cultura tradicional, vegetaron durante siglos, sin razón para vivir, tratados como sub-hombres por los vencedores devenidos clase privilegiada de la sociedad colonial.” Los conquistadores destruyeron civilizaciones que no podían ni querían comprender, sin tener siquiera conciencia de cometer un crimen.” Era la culminación del terror absoluto, la crueldad sin límites, los espantosos crímenes que han caracterizado siempre la asociación de la Iglesia católica con el Estado español, la alianza del fanatismo clerical y el nacionalismo imperialista. Con las encomiendas, la expoliación, los trabajos forzados, la esclavitud, la Inquisición y los autos de fe se importaron también las grandes epidemias. El problema demográfico se resolvió con veinte millones de muertos, relevados por esclavos africanos, que consolidaron el imperio español de Indias. Imperialismo y colonización. “En menos de cien años los conquistadores venidos de España liquidaron las bellas razas americanas. Nadie podrá imitar un ideal como ese.” Todavía tres siglos después, los últimos depositarios de la legitimidad inca eran perseguidos y abatidos través del mundo por los asesinos del ilustrado rey de España, y esta especialidad borbónica no se ha perdido después. La última insurrección araucana fue reducida por el ejército chileno en 1882. El imperio asiático y africano ofreció dificultades demográficas insuperables, salvo el cercado insular canario, donde “la fusión de indígenas (guanches) y españoles se realizó rápidamente.” En espera de la respuesta del continente negro.

La consolidación, incluso temporal, de la dominación imperialista implica medios que todo imperialismo no puede o no quiere utilizar. La reticencia británica al empleo ilimitado de la fuerza en el imperio de la India aceleró la marcha ineluctable a la independencia. “La ejecución de los jefes nacionalistas, en el momento oportuno, habría no detenido pero retardado sensiblemente los movimientos de liberación nacional a través del mundo.” La libertad salió ganando con ello, y el Reino Unido también. La capacidad demográfica, económica, política y cultural de la pequeña gran isla para conservar su asombroso dominio colonial había llegado a su límite natural.

También lo había hecho el segundo imperio colonial de Asia y Africa, pero la creencia de la nación francesa en su superioridad racial, lingüística cultural, en su capacidad para dominar, asimilar y civilizar el mundo entero no permitía la misma solución. El nacionalismo francés ha tenido siempre los ojos, las uñas y los dientes mayores que el estómago. La pasión nacionalista, el racismo imperialista ciegan a sus propios agentes. Resultado de siglos de despotismo, la idolatría totalitaria del Estado inamovible y todopoderoso, principio y fin de toda moral, de toda política y de todo derecho, condena y bloquea todo progreso y pone a opresores y oprimidos a remolque de, o de espaldas a, la historia. La cerril obstinación de franceses y españoles en conservar, por la violencia y el terrorismo a ultranza, los imperios que la violencia y el terrorismo a ultranza les permitieron establecer, ha tenido consecuencias que sólo el fanatismo nacionalista permite ignorar. Ni ellos ni nadie perderá el tiempo en lamentarlo o en la imaginación de vanas alternativas. Cada uno hace lo que puede, y en el caso que nos ocupa, los colonizadores hacen lo único que saben hacer.

En los conflictos internacionales, la división de fuerzas es internacional. La decisión por motivos y criterios teóricos, económicos o religiosos supranacionales o transnacionales es rara y limitada. La “comunidad científica internacional” no ha determinado ni la actitud de sus propios miembros.

Liberalismo, socialismo, catolicismo y otros ismos “universales” fueron siempre especies de nacionalismo. Los aliados de la primera y la segunda guerra mundiales y las organizaciones “internacionales” que promovieron no han tenido dificultad en traicionar a la libertad y la democracia que decían defender, ni en aliarse al nazismo y el fascismo internacionales que decían combatir. La retórica “internacionalista” no impidió a capitalistas y proletarios unirse y matarse entre ellos a escala planetaria, no detuvo nunca el imperialismo y el colonialismo, les sirvió de justificación y cobertura. Los burócratas e ideólogos “socialistas” manifestaron que la unidad proletaria no era aplicable a los conflictos internacionales y que la “defensa” de la nación y el imperio era la causa suprema en tan agitados tiempos. “La Internacional no vale para tiempos de guerra”. “Proletarios del mundo entero, uníos en la paz y cortaros el cuello en la guerra”. Los cristianos de las diversas naciones y estados imperialistas se mataron entre ellos con el estímulo y bendiciones de sus cleros respectivos, estimularon sus energías combativas con rogativas y celebraron con solemnes ceremonias de acción de gracias sus grandes victorias, las matanzas de sus amados hermanos en Cristo, que hacían lo mismo en sentido contrario. “Amaos los unos a los otros en la paz y destriparos en la guerra”. La oportuna y precavida adopción, si no invención, de la teoría de la “guerra justa por ambas partes” evitaba poner todos los huevos en el mismo cesto. Las habituales vagas exhortaciones a la paz, el amor y la concordia aseguraban la imagen pacifista de la multinacional romana. Respeto, apoyo y bendiciones para los poderosos, desprecio, condenas y cruzadas contra los pueblos sin capacidad para crear problemas al imperio de la fe.